

## Discurso pronunciado por el presidente del Consejo, doctor Negrín, dirigido a los pueblos de América

El Diluvio — 1938 — 13 de octubre

Conmemoramos hoy una fecha símbolo de los lazos que estrechan la comunidad de los pueblos hispánicos, lazos que el fraguar del tiempo acera y vigoriza.

España, madre común, sufre en sus entrañas una de las más duras pruebas de su historia. Combate por su existencia como país libre e independiente y, lo que es terrible, sostiene al mismo tiempo una lucha fratricida a que la han arrastrado la ciega incomprensión y el apasionamiento obcecado de sus hijos.

Saldemos, hermanos de América, no lo dudéis, más unidos y vigorosos de la contienda. La sangre que embebe nuestro suelo fructificará. No se perderá. No será estéril.

Ya empieza a resurgir potentemente en los españoles lo que generalmente de laxitud y decadencia había embotado: el sentimiento del deber primario de servir y enaltecer a España, a una España sin adjetivos que traba y liga en ese mandato la voluntad y el corazón de todos sus hijos.

Feliz el azar que sitúa en este momento de la historia del mundo el renacimiento de nuestra patria.

A España le tocará en esta hora izar el guión de la universalidad, que en épocas de su grandeza le fué consubstancial.

Con ese espíritu supo España, no conquistar, retener y dominar países, sino crear naciones con una propia personalidad.

Por eso y por ser imponderables las cadenas que nos atan, son sus vínculos indisolubles.

Y cuando hablamos de exaltar nuestra Raza, hablamos del concepto biológico y humano de la raza, inspirado en los mismos principios cristianos y universalistas que animaron al muy y gran español Fray Bartolomé de las Casas, a Gutierre de Ampudia y tantos otros en su protección a los indios, y movieron al dominico Miguel de Salamanca a la defensa de los aborígenes del Nuevo Mundo.

Porque, pese a los mixtificadores de la Ciencia, la raza no la define sólo el color o la hirsutez del cabello, ni unos índices antropométricos que destaquen preservados en la mezcolanza de sangres que ha conocido Europa, ni el pigmento de los ojos o la piel, ni la predominancia de unos grupos sanguíneos.

Ese criterio racial podrá servir para dueños de yeguas o los criacastas de nuevos tipos de perros, pero no ha sido nunca el que ha informado a los adalides de nuestra gesta histórica.

Y el revivir de España llevará al Mundo ese sentido católico y universal que el confucionismo alocado de unos pueblos sin pátina ha sembrado a granel, amenazando la paz y toda posible convivencia humana.

Fué esa la misión de España en su apogeo de grandeza. Hoy más que nunca necesita volver a serlo.

Hijos y hermanos, con audacia y orgullo, acometemos la tarea.